

El tema que me eligió: El español y yo

*A los académicos de número
de la Real Academia Española*

El para mí inesperado honor que al nombrarme *Académica Correspondiente Extranjera* me ha hecho la Real Academia Española, institución cuya silla Z ocupó entre 1984 y 2009 mi esposo don Francisco Ayala García-Duarte, merece una respuesta formal que supera con creces mis limitadas habilidades retóricas. Baste, pues, con decirles que por muy indigna que me sienta de semejante distinción se la agradezco profundamente.

Dicho esto, quisiera aprovechar la ocasión para dejar constancia de cómo mi decisión –casi fortuita, diría yo– de emprender el estudio de la lengua española en mi último año de universidad me brindó la inesperada oportunidad de forjarme una vida nueva... y al mismo tiempo de encontrar mi verdadera vocación. Debido en gran parte a esta conjunción de circunstancias en el día de hoy yo soy quien soy, y estoy en paz conmigo misma.

En un principio había sopesado la idea de disertar aquí sobre un tema en cierto modo *filológico*, pero cuando no me salió opté por una materia más familiar.

¿El tema que me eligió? El del español y yo.

“¡Yo también...

Pese a mis antecedentes anglosajones, *anch'io* hablo español (a mi manera, claro está). Como aquellos heterogéneos y sonrientes neoyorquinos de los famosos anuncios “You don’t have to be Jewish to love Levy’s *real Jewish rye*” que en la década de los setenta adornaban las paredes de las estaciones del metro de aquella ciudad, soy una prueba viviente –según les solía amonestar a mis alumnos de Brooklyn College– de que no

hace falta ser hispano para amar el español (aunque para valerse de él –esto me lo guardaba para mí– no cabe duda de que dispone el hablante nativo de una ventaja indiscutible...).

Encantada ya a mis veinte años por una lengua y cultura *diferentes* de las que hasta aquel entonces había conocido, me aprovecharía bien pronto de ellas para escaparme de un entorno familiar regido por una sorda y amargada matriarca. Mirando ahora hacia atrás recuerdo cómo de niña, a escondidas de ella, aún antes de que, en secreto y a solas, hubiese aprendido a leer, solía darle rienda suelta a mi imaginación escuchando a un volumen muy bajito radionovelas –*soap operas* se llamaban– debajo de las sábanas de mi cama. Tanto entonces como ahora mi *realidad* se ha caracterizado, siempre, por un elemento de fantasía relacionado con el sentido del oído y complementado por el de la vista.

... soy española!”

Desde París, donde, veinteañera ya, estaba pasando mi tercer año universitario, hice un viaje de Semana Santa con un grupo de estudiantes universitarios franceses a España, país que ante mis ignorantes ojos me

parecía de las mil maravillas. *Ah, yes* —como en *Gigi* lo canturreaba el viejo dandi Maurice Chevalier—, *I remember it well*: aquella luminosa primavera en Madrid; el Museo del Prado casi desierto; el sereno que por las noches acudía a abrirme la puerta de la pensión; las manos enguantadas de los guardias urbanos que, vestidos de blanco, regulaban los escasos coches que circulaban por la calle de Alcalá; los camareros de las terrazas que acudían, sumisos, a los arrogantes silbidos de la clientela masculina; los niños hambrientos que robaban las almendras y aceitunas de las mesas de los cafés; los gitanos con sus burros y sus carros mendigando en la Plaza de Cibeles; la excursión al Escorial en un tren con asientos de madera sobre los que viajaban unas gallinas enjauladas; la accidentada carretera por la que nos transportó el autobús para presenciar, entre las *fieles*, la Semana Santa en Córdoba, Sevilla y Granada; los chiquillos descalzos de quienes nos logramos escabullir echándoles calderilla; el canto del agua y el gorjeo de los pájaros en los soleados y vacíos patios de la Alhambra... ¿La España costumbrista de Mesonero o de Estébanez Calderón? No, la España del *Caudillo* Francisco Franco en el mes de marzo del año del Señor de 1959.

La antes referida película de Vicente Minnelli —*Gigi*—, ganadora de numerosos premios Óscar, se estrenaría en España en el otoño del mismo año. Hago mención aquí de estos detalles porque en retrospectiva —o sea, más de medio siglo después— me parece que este alegre musical cinematográfico refleja, no solo el imaginario *Gay Paree* de fin de siglo recreado por Colette en su así titulada novela corta de 1944, sino también la ciudad que, cual ave fénix, resurgiría, su brillo intacto, de la postración de la posguerra. El magín es capaz de transformar en palacio una cueva, devolverle a una ciudad herida su antigua luz... u obviar, cuando procede, la miseria humana ajena. En mi soledad encontré consuelo en la fantasía, lo que me permitiría superponer a la todavía sombría realidad de la posguerra algo parecido a aquel ambiente parisino de plató cinematográfico. Después de un invierno largo y lluvioso en París, me llegaría en la primavera de 1959 un avance —o, si se quiere, tráiler— del que, tres lustros más tarde, sería el escenario de mi auténtica vida nueva: aquella primera salida mía hacia tierras hispanas que me pondría, al fin, en el camino hacia la felicidad.

Volviendo por un momento a la película de Minnelli, se me ocurre que, vistas desde la perspectiva de hoy y en contraste con la cruda realidad de la España de aquel momento histórico, aquellas famosas diferencias –“*Spain is different*”, rezaba la publicidad– tan celebradas por el entonces ministro de Información y Turismo Manuel Fraga Iribarne resultaban ser, a su manera, tan problemáticas como los recuerdos contrapuestos de Honoré Lachaille (Maurice Chevalier) y de su vieja amiga, la antigua cortesana Madame Alvarez (Hermione Gingold), tal como se rememoran en el antes aludido dúo “Gigi: I remember it well”. Se trata, pues, de una versión moderna de la eterna dualidad entre realidad y fantasía. Así, al menos, lo veo ahora, unas seis décadas después.

A mi vuelta a Smith College aproveché la flexibilidad de la educación superior norteamericana para modificar mi plan de estudios y emprender, en un curso intensivo, el estudio del español. A mi profesora, Miss Ruth Lee Kennedy, estudiosa del teatro de Tirso y maestra consumada, le debo una vida nueva y una futura vocación. Fue ella quien me alentó a inscribirme, con tan solo seis créditos de español elemental, el verano después de mi graduación en 1960 en el

programa de licenciatura de la Escuela Española de Middlebury College en el estado de Vermont. Me había abierto la puerta a una vida nueva; a partir de ahí tendría que hacerme el camino yo.

Quince años después, en el otoño de 1975, obtuve mi doctorado con una tesis sobre la novela *Su único hijo*, de Clarín y fui ascendida de instructor a *assistant professor* de español en el Departamento de Lenguas y Literaturas Modernas de Brooklyn College. El verano siguiente, el de 1976, inicié un nuevo *viaje* —esta vez sentimental— que acabaría por consolidar, también, mi relación con España.

Mi madre y don Miguel

Cuando, indecisa, consulté con un amigo de confianza acerca de un posible tema para la presente comunicación, sin dudarlo me aconsejó: “Háblales de Cervantes” (tras lo cual en *sotto voce* añadió: “No falla nunca”...). Ironía aparte, sin proponérmelo siquiera he terminado haciendo precisamente eso, pues son muchos —¿verdad?— los caminos que conducen al *Quijote*... El que voy a seguir aquí quizá debería considerarse más bien un desvío.

Mi madre era bastante sorda. Soberbia y resentida, solía valerse de la lectura labial, técnica esta –dicho sea de paso– no especialmente propicia para el diálogo, y aún menos para la conversación en grupo. Con su áspera voz, su dicción un tanto peculiar y su propensión a dominar cualquier conversación, a mis hermanos y a mí nos tenía hechizados hasta tal punto que, para guardar las apariencias, llegamos a fingir que nuestra madre, sí, oía. Era una especie de fantasía que habíamos convertido en nuestra realidad familiar. Eso lo viví hasta mis dieciséis años, cuando, avergonzada ante mis amigos, al fin reconocí (en voz alta) la verdad. La cual, a su vez (Jn 8,32), me iría abriendo poco a poco el camino a la libertad.

“Mi madre y don Miguel”: llevo años ya dándole vueltas a una curiosa concomitancia sobre la que en otros tiempos solía discurrir con mi marido. Tiene que ver con las formas en que la sordera de un familiar puede influir en otros a su alrededor. Sabido es que la sordera no deja a nadie indiferente. Es más que probable que la del cirujano/sangrador Rodrigo de Cervantes, completamente sordo desde la infancia, tuviese un impacto duradero en su cuarto hijo, Miguel, el cual experimentaría a su vez, como sus demás familiares,

los inevitables altibajos, embrollos, equivocaciones, engaños y desengaños, etcétera, que suelen a menudo brotar en la relación, complejísima, de una persona con audición normal con otra que es sorda.

Sé demasiado bien, y por experiencia propia, lo difícil –y peligroso– que puede resultar el rastreo en la experiencia de un creador de fuentes de inspiración para su obra de invención. Lo sé, repito, pero no por ello puedo resistirme a la tentación. Les brindo, pues, por lo que valga –y como lo deseen interpretar–, esta modesta hipótesis acerca de una (de entre muchísimas, claro está) posible fuente de inspiración para la cervantina dicotomía entre fantasía y realidad.

Al menos les he hablado de Cervantes. Y de paso, un poquito más de mí.

La lengua materna y la mía adoptiva

Han abarcado desde infinitas perspectivas los especialistas el tema de la adquisición de un segundo idioma en edad adulta. El hecho es que tenía yo unos veintiún años cuando empecé a estudiar el español, y les puedo asegurar que, empezando por los taxistas madrileños –“¿De dónde es usted?” es lo primero que se me sue-

le preguntar—, absolutamente nadie en su sano juicio creería por un momento que fuese yo una hablante nativa de la lengua castellana.

Poco importa para lo que me ha tocado a mí vivir, y escribir, en el medio siglo largo que va desde mi aprendizaje de la lengua con la profesora Kennedy, cuya expresión oral en español —dicho sea de paso— no perdió jamás un deje del acento tejano de su lejana infancia y juventud. Durante gran parte del siglo XX numerosos distinguidos especialistas norteamericanos en la literatura española —como, por ejemplo, dos profesores con quienes tuve el privilegio de estudiar en la Universidad de Wisconsin-Madison: Lloyd Kasten y Mack Singleton— optaban por dictar sus clases en inglés (una práctica habitual, dicho sea de paso, en universidades en todo el mundo). Pero eran otros tiempos, ¡ay!, y muchos, además, los que se negaban a pisar tierra española mientras siguiera aún con vida el dictador.

Estudios recientes confirman que para alcanzar el dominio total (*native proficiency*) en una lengua hay que emprender su estudio antes de los diez años. Sin diablo que viniese en mi auxilio, yo me apaño como puedo. En cambio, lo bueno de una *condición* lingüís-

tica –digamos– *híbrida* como la mía es que, al contrario de lo que con frecuencia me ocurre cuando hablo o escribo en inglés, cuando me expreso –sobre todo por escrito– en castellano, no doy nunca nada por sentado. Soy consciente, siempre, de la dualidad con que tengo que vivir, y del hecho de que cada palabra elegida, cada frase construida, constituye en su momento una creación *única*, especial y forzosamente mía, lo cual me satisface mucho.

Me encanta bucear en mi lengua adoptiva, jugar con ideas y palabras, matizar, (re)crear: actos estos en gran medida asociativos que me mantienen alerta, y hasta cierto punto, viva. Para esto me enriquece, también, mucho mi lengua materna. Se nutre, pues, mi escritura de uno y otro idioma; el contenido, en cambio, bebe de fuentes infinitas. El *qué* y el *cómo*; el *cómo* y el *qué*: durante tres décadas largas me enseñó a buscar entre ellos lo más cercano a la armonía mi maestro y marido.

El tema que se me escapó

Al llegar, ahora, al final de esta divagación, solo me queda por apostillar el origen de su título, resultado,

sin duda alguna, de haber empezado a escribir sin haber reflexionado lo suficiente acerca, no tanto de hacia dónde me dirigía, sino de cómo –de qué manera– pensaba proceder. ¿Tendría reticencia? ¿Aprensión? Poco importa ya. Lo cierto es que el haberme apresurado a elegir un tema equivalía a haber empezado la casa por el tejado, error de cálculo gracias al cual me encuentro ahora con un par de inservibles *tejas* literarias que en mi premura había adquirido, ya, por internet antes de comenzar. La prisa crea desperdicio. Pero como –según solía recordarme con ironía mi marido– *no hay mal que por bien no venga*, ambos ejemplares –el original en inglés y su traducción al español– pasarán ahora, como donación mía, a la biblioteca de la RAE.

La escritura es un proceso, y su fruto una creación cuya autonomía cabe respetar. En este caso yo había querido escudarme, quizá por pudor, detrás de un tema de muy poca trascendencia individual sabiendo al mismo tiempo que la ocasión misma requería algo más personal. Había quedado atrapada, pues, en un círculo vicioso de mi propia creación –razón por la cual me he demorado tanto en encontrar mi camino para después finalizar la redacción del presente escrito–.

Para concluir, pues, quisiera referirme aquí, brevemente, a ese tema que, al escapárseme de las manos, preparó el camino para dar paso al que, por fin, sí me eligió. Se trata de la historia del excéntrico bibliófilo William Chester Minor (1843-1920), quien, tras servir como cirujano del ejército de la Unión en la guerra civil norteamericana, pasó a vivir en Londres. Este personaje, cuyo nombre e historia a muchos de ustedes no les son del todo desconocidos, fue también un remoto antepasado de un antiguo amigo mío—de ahí mi especial interés en su biografía—. Su antes referida *excentricidad* se transformaría pronto en una incurable enfermedad mental; tras asesinar (por error) una noche en Londres a un desconocido, fue recluido en el hospital psiquiátrico de Broadmoore, donde—en unas condiciones relativamente lujosas y rodeado de su envidiable biblioteca— pasaría casi todo el resto de su vida. Desde allí, papeleta por papeleta, enviadas por el Royal Mail, llegó a desempeñar un papel decisivo en el gigantesco proyecto lexicográfico comúnmente denominado el “*OED*” (el noventa aniversario de cuya primera edición [1928], dicho sea de paso, se celebra este mismo año).

Por apropiado que a primera vista me hubiese parecido el tema, pronto se me escapó –*The best laid plans of mice and men*, en su día le apostillara “A un ratón” el poeta Robert Burns, *often go awry*–. Al ver la luz, esta *Mousie* que soy yo enterró definitivamente su idea original y se resignó a salir de debajo de la tierra y revelar un poquito de sí misma, cosa que le ha resultado, en este caso, un tanto difícil.

Al resignarme a ello y sucumbir al tema que me había acabado por elegir, me sobraron tanto el ejemplar de aquella fascinante biografía de Minor por Simon Winchester, *The Professor and the Madman: A Tale of Murder, Insanity, and the Making of the Oxford English Dictionary*, como el de su traducción al castellano, los cuales –según anticipé– quisiera obsequiar ahora, junto con un ejemplar de *Studies in Honor of Ruth Lee Kennedy* (1977) entre cuyo contenido, encabezado por una semblanza bio-bibliográfica redactada por la hija de don Tomás Navarro Tomás, se encuentra un poema mío –especie de oda– dedicado a su persona así como el primer estudio literario que llegué a publicar después de haber defendido mi tesis doctoral. A ella le habría gustado, estoy segura.

Para concluir, quisiera compartir aquí aquella poesía en donde se ve reflejado –al menos así me lo parece– el espíritu de lo que en esta para mí inolvidable ocasión he procurado expresar:

To Ruth Lee Kennedy

Chance
takes us by the hand
and leads us
on a thousand paths
to known,
unknown
and unsuspected foreign
lands.

I trusted
chance
to be my guide
and fortune led me
to your side.

Carolyn Richmond
Madrid, otoño de 2018

Con ocasión de la primera intervención de Carolyn Richmond como Académica Correspondiente Extranjera de la Real Academia Española, en noviembre de 2018, se imprimen 100 ejemplares de este texto, numerados a mano.

EJEMPLAR N.º _____